

De veras, ¿convence Dios?



LA TV es el gran medio. Llega a los rincones más ocultos del país. Pero, ¿tiene un mensaje positivo?

Pocos programas salen de la mediocridad, o incluso de la influencia negativa que el propio medio con su superficialidad (todo suele quedar en la superficie del audiovisual). Porque es cierto lo que dice Mac Luhan: el medio lo es todo, o casi todo. Mucho más que el contenido. Y si el contenido refuerza al medio, todavía el efecto será más deseducativo y menos desarrollador de las potencias creativas y profundas del hombre.

Yo he intervenido en un programa, que participó de lo bueno y lo malo de la TV, sobre Dios y la juventud que ha resultado polémico. A las páginas de la prensa ha saltado mi nombre y mi postura —por supuesto, para criticarla los asustadizos—, cuando yo creí que aquella sesión resultó más bien anodina y con poca profundidad. Era una mesa redonda con demasiada inflación del mundo clerical y con demasiadas personas. Y, sin embargo, el tema —a pesar de estos múltiples inconvenientes— ha tenido un indudable impacto.

El punto de partida fue una encuesta televisada hecha entre los jóvenes por la calle. Por supuesto que casi no se le puede llamar a esto encuesta. Podríamos más bien decir que era un punto de partida para reflexionar nosotros sobre el problema de Dios en la juventud. Sin embargo, este punto de partida debía ser analizado rigurosamente, y de él sacaríamos una consecuencia: había una mayoría de jóvenes con un concepto muy confuso de Dios. Se ve que el tema no había calado en ellos. Por eso, el optimismo con que algunos clérigos presentes acogieron esa confusa creencia que tenía la juventud encuestada en una especie de fantasma difuso, me pareció a todas luces desproporcionado. Yo, más bien —como creyente—, sacaré una conclusión pesimista: allí apenas estaba presente Dios, a pesar de barajarse su nombre.

Incluso se veía claramente una vaga opinión evanescente acerca de Dios, que era la que mantenían casi todos los jóvenes abordados por el micrófono y la pantalla, como resto de la mitología religiosa que nos envolvió a los españoles durante estos dos últimos siglos, y muy particularmente du-

rante el nacional-catolicismo franquista. ¿Hay detrás de estas juveniles mentes una realidad importante, seria y decisiva para nuestras vidas, o les queda sólo un vago recuerdo emotivo de un cierto poder que nos envuelve y que debemos tener propicio de un modo o de otro para nuestra ventaja?

Lo que sí fue unánime fue la respuesta hecha al Dios de la Iglesia. Pero yo preguntaría, ¿de qué Iglesia? ¿De la española del interesante renacimiento religioso del siglo XVI? ¿De la de pensadores eclesiásticos posteriores como el progresivo padre Feijoo, que marcó abiertamente muchas mentes católicas? ¿La de los místicos, como San Juan de la Cruz?

No. Esa gente joven conocía poco estas tres manifestaciones auténticas de Dios, y se refería a esa imagen populachera que de la divinidad ha tolerado nuestra Iglesia reciente, o incluso —con gran incongruencia hacia la verdadera tradición católica— muchas veces ha fomentado en su catequesis, en sus sermones o en el confesionario. Pero esa no es la imagen auténticamente católica de Dios: porque no es ni la tradicional ni la moderna ni la contemporánea en sus mejores representantes. Es la de unos creyentes paganzados y supersticiosos, aprovechados con demasiado oportunismo por la jerarquía española en los siglos recientes o en estos últimos años.

Incluso, con todo lo que yo criticaría cualquier definición demasiado recordada por un lado y demasiado abstracta por otro, la del catecismo tradicional cuando dice que Dios es "el Ser más excelente que se puede decir o pensar, que es infinitamente bueno, sabio, poderoso y justo, principio y fin de todas las cosas", es mucho mejor que esa que fomentó en estos años nuestra Iglesia. El filósofo católico padre Copleston, en su famosa discusión pública sobre Dios con el Premio Nobel Bertrand Russell, partía —con asenso de este filósofo matemático— de que Dios es el principio creador de todas las cosas, igual que decían nuestros catecismos de principios del siglo XVII, el Ripalda o el Astete.

Y nada digamos de la profunda definición —si de definición puede hablarse, y ése es su mayor mérito— del famoso físico, matemático y cosmólogo sir Edmund Whittaker, que decía de Dios que era "el principio in-

tegrador que da coherencia a toda la realidad; a las leyes científicas, a las creaciones artísticas y a las experiencias personales auténticas de carácter religioso... ya que el orden científico no es el único orden posible". O aquella otra del antiguo pensador católico —San Juan Damasceno— que recogió en el siglo VIII toda la tradición cristiana oriental, cuando afirmaba que era "el sempiterno descubrimiento y el sempiterno crecimiento".

Debemos ser valientes en aceptar que ese vago sentir semimítico de algunos o de muchos, no es nada que se parezca a ésta que muchos creyentes creemos ser la última realidad, que llamamos por tradición Dios, o que quizá deberíamos inventar otro nombre para representarlo que estuviera menos prostituido en la práctica por los creyentes. Y hemos de admitir, por tanto, que existen quienes son teóricamente ateos, o que lo son prácticamente sin llamárselo y que incluso no pocas veces se llaman católicos y sólo tienen la creencia en el nombre o en la superstición. Y también aquellos que se manifiestan "agnósticos", como nuestro alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván.

No podemos, como pretenden algunos clérigos progresistas, poner en el mismo saco cosas tan diferentes haciendo ver que todos somos verdaderamente creyentes y tenemos un concepto de Dios aceptable del que son muestra esas vagas frases a las que aludí al principio. Y hemos de respetar de verdad a aquellos que no comulgan con las mismas ideas que nosotros, ni considerarlos inferiores.

Sólo así —reconociendo la realidad sin eufemismos— es como entraremos en un nuevo diálogo más fructífero que el superficial en que estamos envueltos. No podemos caer en este afán de tantos progresistas que promedian, aguan y superficializan su creencia para sentirse unos mismos con los que ayer denostaron por no ser de los suyos, y que hoy quieren hacer, con un hábil truco de prestidigitación verbal, unos prosélitos más aún sin saberlo éstos. ■